

LITERATURA

# *Obsesión del ombligo*

---

Juan Valdano<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Escritor. Miembro de la Academia Ecuatoriana de la Lengua.

## Macondo: un retorno al “buen salvaje”

---

Corrientes del pensamiento latinoamericano de comienzos del siglo XX explicaron nuestra cultura desde una supuesta condición idealista, desde una vocación humanista muy propia de los pueblos latinos, contraria a la esencia pragmática de los anglosajones. Esta idea nos complacía y pese a que nos condenaba a ser parte de un mundo marginal, nos hacía sentir superiores, espiritualmente hablando. No hay duda de que cierto quiijotismo, ese sentido de supremacía moral de clara herencia hispánica, sigue marcando la pauta de nuestra actitud frente a la vida. Durante las décadas de los cincuenta y sesenta de ese mismo siglo, la pléyade de la narrativa de este continente (Asturias, José de la Cuadra, Carpentier, García Márquez) presentó la experiencia vital y la historia de estos pueblos desde

una concepción mítica y mágica del mundo, una visión fundamentalmente antidualéctica de las cosas. Muchos han supuesto que la segunda interpretación supera y relega a la primera. Pero yo no creo que sea así. Ambas visiones coinciden en algo fundamental: se sustentan en una imagen circular del tiempo. En síntesis, arielismo y macondismo no son sino dos caras de la misma medalla. Gracias a estos retratos que nos hacemos de nosotros, ahondamos ese irrefrenable sentimiento de soledad que nos caracteriza y que, en gran medida, nos desubica frente a la modernidad.

La soledad es un sentimiento que está unido a nuestra experiencia del mundo. Es la soledad y es la tristeza de los trópicos. Seguimos creyendo que los milagros son posibles; sobre todo aquellos que nos llegan de fuera: tecnología, modernidad, adelanto... Las categorías de la razón adquieren visos de sospecha; nos adherimos más a las interpretaciones mágicas o maravillosas. Más allá de la

**La soledad es un sentimiento que está unido a nuestra experiencia del mundo. Es la soledad y es la tristeza de los trópicos. Seguimos creyendo que los milagros son posibles; sobre todo aquellos que nos llegan de fuera: tecnología, modernidad, adelanto...**

metáfora, Macondo puede llegar a ser una pesadilla. Mientras más exóticos nos definamos, más apartados estaremos del mundo contemporáneo, condenados a ser un paisaje turístico, un punto de paso. Obsesionados por nuestro ombligo, no alzamos la vista para contemplar el espectáculo que los nuevos tiempos brindan a la imaginación del hombre.

Extinguida la fanfarria publicitaria del *boom* literario latinoamericano, la crítica europea decanta, hoy en día, el real sentido histórico de aquellas expresiones que con tal movimiento se manifestaron, como el denominado realismo mágico. Así, por ejemplo, Lothar Müller no deja de tener razón cuando dice que “el realismo mágico se convirtió en escenario para el retorno de la figura del buen salvaje”. Si ello es así, equivaldría a que, con tal literatura, se habría refrendado una imagen arcaica que los europeos tenían del americano y que nosotros creíamos superada: la idea del americano primitivo. Para este redactor del *Süddeutsche Zeitung*, *Cien años de soledad* edificó un teatro en el que “García Márquez, ese tunante culto, sacó a relucir a su anciana abuela, la mujer que, a través de sus historias, le había revelado el secreto sobre cómo contar las cosas más espeluznantes con el tono más natural del mundo”. En fin, y desde su punto de vista,

el realismo mágico se transformó en la idea de una realidad tropical, en todo caso, no europea, que producía narradores de pura cepa, ya que en esa realidad existían milagros que se habían extinguido hacía mucho tiempo en las latitudes del racionalismo occidental (Müller 2008).

Por otra parte, Emil Volek (2007), de la Arizona State University, opina que “el macondismo surge como resultado y como compensación del fracaso del continente en su búsqueda de modernización”. Macondo dejó de ser una imagen satírica del mundo latinoamericano para convertirse en ilustración tópica y elucidación forzada de esa realidad.

Al no haber encontrado reconocimiento y respeto en el mundo real, América Latina parece buscarlos –y encontrarlos– en el mundo ilusorio del macondismo y del realismo mágico. El macondismo aparece como el reverso cultural –embellecido por las ficciones literarias– de la modernidad limitada, frustrada o fracasada en el continente. [En otras palabras: el acierto de *Cien años de soledad* sería el haber erigido] un impresionante monumento a los desaciertos históricos del continente (Volek 2007).

De ahí que los macondos se unan a esa cadena de interpretaciones que han relativizado y simplificado nuestra compleja realidad y que, al igual que

otras, han sido propuestas a lo largo del siglo XX. Lo dije ya: uno de esos eslabones fue justamente el arielismo estéticamente novedoso (“modernismo”), pero moralmente decadente y desligado de los procesos de la modernidad. El desdén por lo práctico y la vida activa no era sino una forma de ratificar los valores de una clase social que estaba en vísperas de abandonar la escena de la Historia. Rodó (1900), en su momento, planteó una visión esteticista de la “raza” hispanoamericana, idea diseñada para las “élites ociosas y bohemias”.

Mientras tanto, rezagadas han permanecido otras elaboraciones más razonadoras que han mostrado claves diferentes del universo latinoamericano, elucidarios que parten del análisis de los procesos mentales o históricos de nuestros pueblos como los que ofrecieron Jorge Luis Borges y Octavio Paz. Borges, un “sudamericano europeo”, descifrador de la biblioteca universal, no perdió de vista el eslabón cultural que secretamente une la América íbera con la Grecia de Heráclito, la España de Cervantes o la Francia de Montaigne. Por su lado, Octavio Paz ha

***Tres rasgos culturales de estos pueblos habrán pesado en nuestra actitud ante el mundo: su excentricidad histórica provocada por esa secular convivencia conflictiva con el islam; el dogmatismo contrarreformista que impidió el afloramiento de la libertad de pensamiento; y, por último y como consecuencia de lo anterior: la ausencia de una crítica profunda de la tradición que permita la apertura hacia el racionalismo ilustrado.***

descifrado el laberinto mexicano para explicar los procedimientos históricos que han entorpecido nuestro camino a la modernidad. Se trata de herencias recibidas al momento de nuestra gestación como pueblos. Como quien dice: somos lo que somos, en gran medida, por nuestros ancestros. Y dos de esos ramales ancestrales son España y Portugal. Tres rasgos culturales de estos pueblos habrán pesado en nuestra actitud ante el mundo: su excentricidad histórica provocada por esa secular convivencia conflictiva con el islam; el dogmatismo contrarreformista que impidió el afloramiento de la libertad de pensamiento; y, por último y como consecuencia de lo anterior: la ausencia de una crítica profunda de la tradición que permita la apertura hacia el racionalismo ilustrado.

### **Nuestra vivencia cíclica del tiempo**

Esta obsesión onfálica de la que he hablado, no solo es narcisismo, no solo es ensimismamiento, un regodearse en el propio entorno que, en materia de letras, ha dado lugar –al menos, en el último medio siglo–, a una literatura provinciana; no solo es aquella actitud heredada de automarginarnos –desde que somos repúblicas independientes, debido a cierto complejo de inferioridad– del gran banquete de la cultura moderna; es también –y para nosotros, los ecuatorianos– el situarnos en el punto cero geográfico, en la latitud cero, ya que somos espacialidad ante todo, por ubicación, nombre y destino. Obsesión

**Anclados en complejos del pasado, nuestros líderes rara vez han sido visionarios. Cada gobernante cree que con él comienza la historia, que debe “refundar” el país echando por la borda experiencias pasadas. En Ecuador es muy raro que una constitución dure algo más de una década. Nuestra vivencia temporal es repetitiva, es cíclica, no progresiva.**

onfática es también esa manifiesta tendencia a regresar al punto de partida, volver a cero. Hoy, al igual que ayer, seguimos empeñados en reciclar ideologías que hace décadas demostraron su ineficacia para resolver los retos de la sociedad contemporánea y que otros pueblos las arrojaron, en su momento, allí donde va a parar lo anacrónico y lo inútil: al basural de la Historia. Anclados en complejos del pasado, nuestros líderes rara vez han sido visionarios. Cada gobernante cree que con él comienza la historia, que debe “refundar” el país echando por la borda experiencias pasadas. En Ecuador es muy raro que una constitución dure algo más de una década. Nuestra vivencia temporal es repetitiva, es cíclica, no progresiva. Y bien sabemos que los pueblos que no aprenden de sus errores están condenados a repetir la historia. Consecuencia de ello es la desconfianza ante el futuro, el desdén de políticas de largo plazo, el triunfo del inmediatismo, el baratillo de la felicidad. Hay pueblos que viajan hacia el futuro a bordo de un tren eléctrico; y hay otros que, marchando en la misma dirección, van a lomo de un asno. Me pesa decirlo: el avance tecnológico y científico no ha interesado seriamente a ningún

gobierno de este país. Y luego, aquí, nos desgañitamos denunciando nuestra dependencia con el primer mundo.

A finales del siglo XVIII, un ilustrado como Eugenio Espejo, conciencia crítica de la decadente Audiencia de Quito, señalaba a sus compatriotas que el único camino para alcanzar su superación era el conocimiento de su propio ser, el reconocimiento de las virtudes que, como pueblo, le asistían y de las limitaciones que le condicionaban. “El conocimiento propio es el origen de nuestra felicidad”, proclamaba. La exhortación del autor de *El Nuevo Luciano* guardaba una intención optimista: que los quiteños se ilustraran para la creación de lo que él llamaba una “nación adulta en literatura”. Para Espejo, el nivel de civilización de un pueblo se mide por la madurez y amplitud de su vida cultural.

La lección nunca ha dejado de ser válida. Y si ello ocurría al momento de la gestación de nuestra conciencia crítica, hoy, a inicios del siglo XXI, resulta impostergable poner bajo examen tantos tópicos inamovibles sobre nuestra cultura, esos cánones que la tradición ha momificado, las “falsas nociones”, esas creencias que pasan por dogmas, en fin, ir a la cacería de aquello que Bacon llamaba los *ídola fori*.

## Superación del narcisismo

Hoy, inmersos como estamos en la llamada “era posmoderna”, se vuelve indispensable una relectura sin concesiones de nuestra realidad social, algo semejante a lo que demandaba Espejo

**Hoy, inmersos como estamos en la llamada “era posmoderna”, se vuelve indispensable una relectura sin concesiones de nuestra realidad social, algo semejante a lo que demandaba Espejo a los quiteños de su tiempo: un examen de conciencia que nos devuelva una imagen más cercana de lo que somos, una mirada alejada de la autocomplacencia o de la autocompasión; una interpretación de la sociedad ecuatoriana partiendo de sus búsquedas y de sus fracasos.**

a los quiteños de su tiempo: un examen de conciencia que nos devuelva una imagen más cercana de lo que somos, una mirada alejada de la autocomplacencia o de la

autocompasión; una interpretación de la sociedad ecuatoriana partiendo de sus búsquedas y de sus fracasos. Ello significa un intento de descifrar, en el texto y en el contexto de la vida cotidiana, un sentido y una orientación que se hallen implícitos en palabras, gestos y señales que nos definen, que nos son propios y por los cuales nos reconocemos como ecuatorianos. No otro ha sido el ámbito de reflexión de nuestros mejores ensayistas. En síntesis, descubrir otra textualidad, ir a la búsqueda de ese palimpsesto, de ese significado de fondo que ha permanecido escondido y, a veces, conscientemente ignorado, claves que pueden ayudarnos a entendernos y explicarnos como sociedad y como país. Y, luego de ello, superar la contemplación onfálica para mirar el mundo, la modernidad que hemos execrado y en la que es urgente integrarnos.

## Referencias

---

Müller, L. 2008. “Don Quijote en los trópicos”. *Revista Humboldt* 148.

Volek, E. 2007. “Anverso y reverso del laberinto de la soledad”. *Cuadernos del CILHA* 9: 131-143.

Rodó, E. 1900. *Ariel*. Madrid: Cátedra.

Espejo, F. X. E. 2009. “Primicias de la Cultura de Quito”. *Vida y contribución de Francisco Javier Eugenio de Santa Cruz y Espejo*. Quito: Ministerio de Salud Pública.